

REACCIÓN A ROB A. FRINGER Y STANLEY MAKHOSI BHEBHE

Eudo Prado, Profesor de Educación Teológica Descentralizada
Iglesia del Nazareno Región Sudamérica

Las presentaciones que comentaré a continuación son las de Dr. Rob A. Fringer, “Un pueblo santo imperfecto: Una exhortación bíblica para que el pueblo santo de Dios acepte una perfección imperfecta” y la del Dr. Stanley Makhosi Bhebhe, denominada “El proyecto eterno de Dios: Reunir, forjar y moldear un pueblo santo para deleite de Dios.” Las dos exposiciones se enfocan en la iglesia como Pueblo Santo de Dios, abarcando en sendas investigaciones aspectos significativos relacionados con dicha temática, por medio de los cuales tocan con mucha propiedad y profundidad reflexiva nuestra teología de santidad práctica. A continuación, me esforzaré en presentar adecuadamente aquellos ejes problemáticos donde coinciden y los interrogantes que se presentan a la luz de las conclusiones obtenidas por ambos investigadores, principalmente en cuanto a sus implicancias con el momento actual que vive la reflexión teológica en nuestra denominación.

Para el momento en que escribo esta reacción, desde mi punto de vista, en nuestra denominación se ha desatado un enconado debate sobre la ortodoxia y validez de algunas de nuestras convenciones doctrinales, y las cuales, además, se consideran taxativas a la luz de nuestro Manual, frente a los cambios que se vienen presentando desde tiempo atrás a nivel de la cultura global, como es el caso del tema de la identidad sexual y la afirmación LGBTQ en el seno de la comunidad cristiana. Aunque en las presentaciones sobre las cuales se me ha dado el altísimo honor de reaccionar no se menciona la controversia anteriormente referida, considero que muchas de sus reflexiones ayudarían a un manejo de esta problemática y otras de igual carácter sensible para la vida de nuestra iglesia actual, que sea acorde con la voluntad de Dios tanto en el campo académico como eclesial.

Planteadas estás sencillas consideraciones introductorias pasaré sin más a tocar la esencia de las dos exposiciones. Ambas convergen en la idea de la comunidad de un Pueblo Santo como el carácter constitutivo de la iglesia, conforme al propósito creativo y redentivo de Dios. Bhebhe señala que Dios creó al ser humano con un fin relacional, para su propio deleite, como expresión de la naturaleza comunitaria de la Deidad. Dios encuentra gran placer en la comunión con la comunidad de aquellos que él ha redimido. El fin último de Dios, entonces, es como se expresa en la historia salvífica, “reunir, forjar y moldear un pueblo santo.” Por ello, afirma que, “la característica permanente y esencial de la iglesia es que, por diseño, propósito e identidad es una comunidad.” Con ello coincide el planteamiento de Fringer al recordar que un aspecto significativo de la imagen de Dios en nosotros es la comunidad. “Fuimos creados en comunidad y con el fin de vivir en comunidad”. En este sentido, explica el sentido corporativo de la presencia del Espíritu Santo para cohesionarnos en unión con otros en un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo.

Ahora bien, el análisis bíblico teológico de la idea central de la iglesia como pueblo santo de Dios, deriva en importantes conclusiones en el tratamiento de ambos expositores, las cuales, además, conducen a implicaciones muy prácticas que ayudan a comprender más profundamente algunas convicciones doctrinales tradicionales y permiten evaluar con sinceridad nuestra práctica eclesiológica y misiología frente a la cultura global presente.

De acuerdo a Fringer, el enfoque al Espíritu como un don individual es equivocado y ha concentrado nuestra atención en la santidad individual. Esta perspectiva tradicional tiene un

agravante y es que ha desencadenado el deseo personal equivocado de alcanzar cierto tipo de perfección con ribetes legalistas. Estoy plenamente de acuerdo con su planteamiento, porque la moralidad o el esfuerzo moral no representa en ningún sentido la definición bíblica de la experiencia y vida de santidad. La moralidad nos individualiza y separa, al estar más ocupados simplemente en mantener una imagen ante los demás que en desarrollar relaciones fundamentadas verdaderamente en el amor cristiano. Puede decirse que esa concepción equivocada nos ha conducido a las diversas formas farisaicas actuales de “colar el mosquito y tragar el camello.”¹

En este punto es donde deseo resaltar la importancia de tener claro el concepto bíblico de la perfección. Una de las cosas que más nubla nuestra visión sobre el carácter de la iglesia como pueblo santo de Dios es el concepto tradicional del pecado como un problema individual, lo que al mismo tiempo impide el cumplimiento cabal de la misión. El pecado se trata fundamentalmente de relaciones alteradas. Bhebhe lo expresa con mucha propiedad de la siguiente forma: “Es en la visión contextual del pecado como corrupción maligna del orden de la creación y los vínculos perfectos y maravillosos de Dios donde debemos apreciar cuán esencial es la comunidad para que el pueblo santo pueda ser un testigo eficaz para el mundo.”

Siendo que, como señala Fringer, un aspecto significativo de la imagen de Dios en nosotros es la comunidad, y fuimos creados en comunidad y con el fin de vivir en comunidad, y de acuerdo a su apropiada explicación del sentido corporativo de la presencia del Espíritu para cohesionarnos en unión a otros en un Pueblo Santo, endoso cien por ciento su afirmación de que “es solo como cuerpo de Cristo que podemos ser santos como Dios es santo”. Aquí entra en vigencia el título de su ponencia: Un Pueblo Santo Imperfecto. ¿Qué tipo de perfección promovemos o aspiramos en nuestras comunidades eclesiales? Fringer recuerda que la perfección en el Nuevo Testamento se relaciona fundamentalmente con el amor de Dios. Él señala que “esta forma de ser y de vivir es perfecta cuando es motivada por el amor y se lleva a cabo en comunidad... Nuestra habilidad no determina nuestra perfección. Tampoco lo hacen el pecado individual ni la moralidad. Si somos un cuerpo, llenos del Espíritu, con Cristo como nuestra cabeza, entonces somos santos, aunque estemos en camino hacia la santidad.” En base a ello quiero resumir su análisis afirmando que, el propósito de la perfección de amor es asociarnos con Dios en su misión relacional.

A mi entender, cuando concatenamos las importantes reflexiones de Fringer y Bhebher a la luz del eje temático de esta sesión, “En el Poder del Espíritu: Pueblo Santo”, surgen importantes preguntas reflexivas. ¿Realmente estamos permitiendo que el Espíritu Santo configure la comunidad de amor que él desea, cuando por otra parte rechazamos la imperfección que compartimos? ¿Será que muchas veces, en base a un legalismo evidentemente acentuado, más bien les cerramos las puertas del reino de Dios a la gente?²

Considero también importante recordar que comunidad de amor no se refiere básicamente a la vida en común en lo externo, ni el encontrarnos físicamente cerca de los demás, porque se puede estar “cerca”, pero prescindiendo de los demás. Se refiere más bien a la “unidad del amor,” es estar juntos construyendo un pueblo santo, a pesar de las imperfecciones individuales. Básicamente es lo que enseña Hechos 4:32 sobre la vida de los primeros cristianos:

¹ S. Mateo 23:24

² S. Mateo 23:13

“Y la multitud de los que había creído eran de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.” San Agustín explicó esta comunidad de amor, esta unidad del Espíritu de la siguiente manera: “Tu alma no es propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas o, mejor dicho, las almas de ellos y la tuya no son almas sino la única alma de Cristo.”³

Como expresé en la parte introductoria de esta reacción, y conforme a los análisis de ambos expositores que he tratado de interpretar lo más fielmente posible a través del procesamiento reflexivo de algunas de sus ideas más esenciales, sus aportes son muy pertinentes y enriquecedores, y nos pueden servir de base, para motivar y orientar el diálogo teológico sobre aquellos temas relacionados a la vida de santidad práctica que se han mencionado aquí. Asimismo, la manera como han sido presentado estos temas por Fringer y Bhebhe, donde se evidencia una motivación y preocupación amorosa hacia la afirmación de nuestra comunión como pueblo santo de Dios a pesar de las innumerables diferencias que podamos tener entre nosotros, en lo particular me llama a ser proactivo en la consideración de sus exhortaciones.

Concluyo con una linda cita de W. A. Tozer: “Forma parte de la naturaleza del amor que no pueda quedarse tranquilo. Es activo, creador y Benigno. ‘Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros’. ‘De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito’. Así debe ser donde hay amor; el amor siempre les tiene que dar a los suyos, cualquiera que sea el precio.”⁴

³ Agustín, “Carta 243, 4” en Obras de San Agustín, v. XIb, 2 ed., (Madrid: BAC, 1958) 420.

⁴ A. W. Tozer. El Conocimiento del Dios Santo. (Florida: Editorial Vida, 1996) 110.